

¿POR QUÉ LEER?

Para exprimir el limón de la vida



Joaquim Carbó

En mi actividad de narrador siento la necesidad de releer cien veces cada página escrita para corregir, modificar y precisar su contenido, con el vano intento de que el resultado final se parezca al máximo a la emoción, aventura o reflexión que quería transmitir.

Leer, además, forma parte de mi vida desde que en el primer silabario comprobé la mágica asociación de letras que se traduce en palabras para reproducir ideas. ¡Qué maravilla el hallazgo de una palabra poco corriente que permite el vuelo de la imaginación o la consulta al diccionario! No deja de interesarme cualquier impreso, periódico o revista, aunque se trate del denostado correo comercial o el prospecto de un producto farmacéutico. Y siento una enorme frustración ante la imposibilidad de leer la pequeña parte de los libros que adquiero de los que aparecen a diario en los escaparates.

Lamento que mi entusiasmo no sea compartido por muchos adolescentes que descubren el fabuloso mundo de

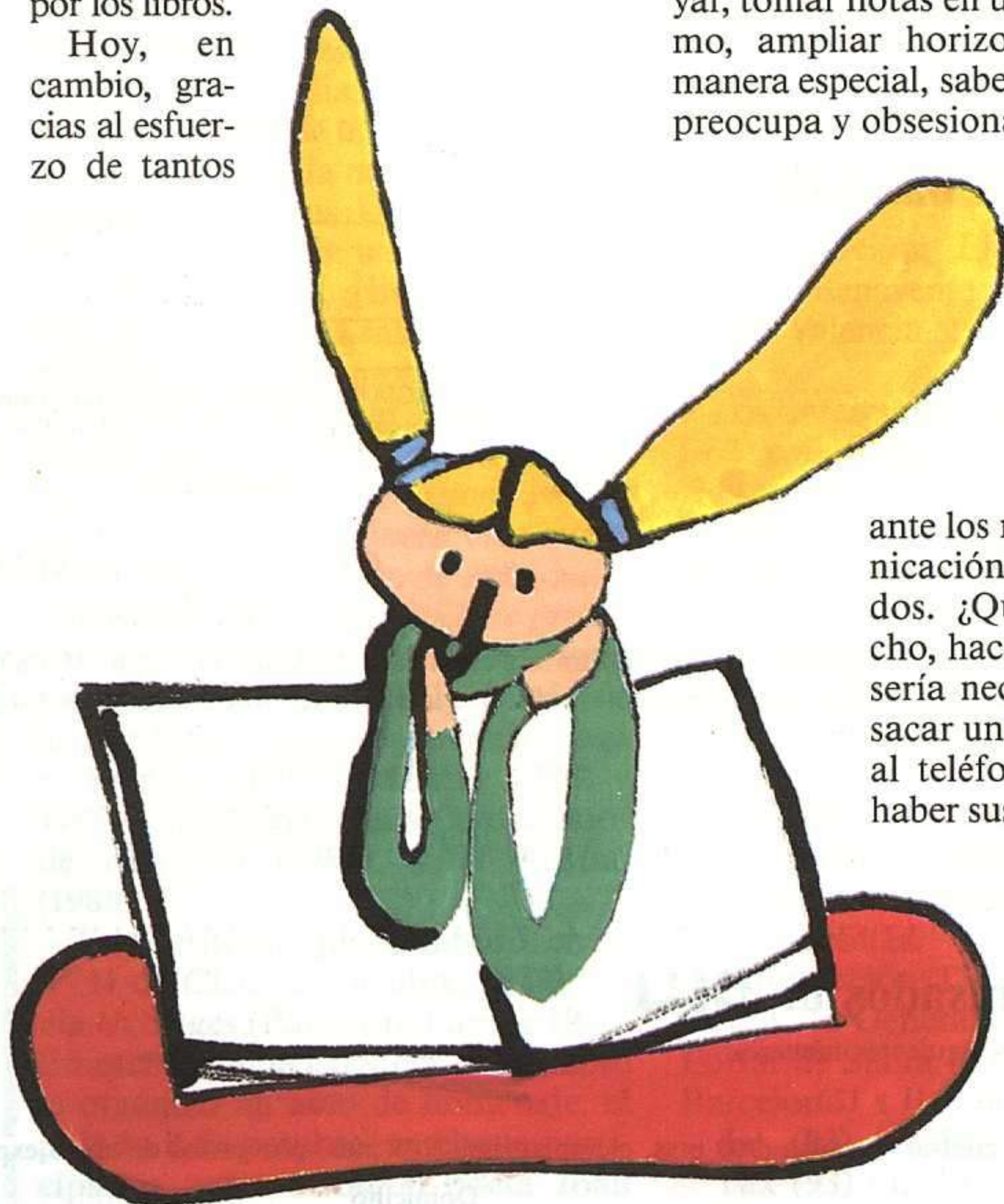
la imagen, la cerveza, el sexo y el *rock and roll*, y se encierran en el caparazón de unos *walkmans* o el estrépito de una discoteca. Pero ello no dispara mis mecanismos de alarma. En los lejanos días de correteos por la triste y empobrecida Barcelona de la posguerra, no consigo recordar ningún compañero de juegos que compartiera mi afición por los libros.

Hoy, en cambio, gracias al esfuerzo de tantos

maestros, hay quien llega a joven sabiendo qué es leer, hasta el punto de ser capaz de decidir entre el amplio abanico de posibilidades que le ofrece el futuro. Estoy de acuerdo con los que creen que lectura y televisión —o derivados— no son incompatibles, ya que se trata de dos formas distintas de comunicación. Con la ventaja a favor de la lectura, que permite subrayar, tomar notas en un cuaderno íntimo, ampliar horizontes y, de una manera especial, saber que cuanto nos preocupa y obsesiona ha sido experi-

mentado y resuelto anteriormente.

El uso cada vez más frecuente del fax permite el desquite de la lectura ante los medios de comunicación más sofisticados. ¿Quién hubiera dicho, hace unos años, que sería necesario leer para sacar un mayor provecho al teléfono, que parecía haber sustituido de forma definitiva al género epistolar? ■



GABRIELA RUBIO.